

La otra parte se compone por el manuscrito con el no breve título de: *Cuaderno de las cosas memorables que han sucedido en esta ciudad de México y otras en el gobierno del excelentísimo señor Conde de Revilla Gigedo, Virrey, Gobernador y Capitán General de esta N.E., desde el día 17 de octubre de 1789 que tomó posesión, hasta el día 8 de julio de 1794 que se fue al pueblo de Xalapa hasta el tiempo de su embarque.*

La temática contenida en este escrito es más o menos similar a la del *Diario curioso*, con la diferencia de que en el *Cuaderno*... se consignan, mediante un listado, los acontecimientos que, a criterio del cabo Gómez, tienen una mayor repercusión social por su impacto en la vida capitalina.

El contenido de esta visión de la sociedad mexicana de aquel entonces es ilustrativa para que podamos entender que no obstante los siglos transcurridos, la atención del interés popular se sigue concentrando sobre ciertos acontecimientos sociales propios de su ingenio y su morbo.

Esto como sabemos, no ha variado considerablemente en nuestros días, pues los prejuicios derivados de las normas morales vigentes se han constituido en el parámetro para consignar, desde la óptica popular, que se pueden considerar como un acontecimiento interesante.

Este reflejo de la historia tiene su intención de rescatar la historia no oficial, por un lado, y plasmar las regularidades que el ser humano ha mantenido a lo largo de la historia.

De ello podemos concluir que la investigación en este tipo de fuentes enriquece el conocimiento de lo social.

Gabriel Gutiérrez Pantoja

MILLARES CARLO, AGUSTÍN. *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*. 3a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 400 p., ils. (Sección de Lengua y Estudios Literarios).

"El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone —dice Borges— de un número indefinido, tal vez infinito, de galerías hexagonales..." Quien pretenda recorrerlo (a), bien haría en llevar consigo el vasto vademécum de Millares Carlo que, publicado por primera vez en 1971, ahora nos ofrece en tercera reimpresión el FCE. La modestia del título: *Introducción a la historia*... es engañosa. Si bien *toda* la historia de los libros y las bibliotecas no puede concentrarse en un volumen, Millares Carlo (1893-1978) proporciona un panorama que "introduce" sobradamente a los que nos iniciamos en el tema, y obsequia a los especialistas con un impresionante aparato crítico que todo bibliófilo recibirá con deleite. La inevitable erudición y profusión de datos, que harían difícil la lectura de una obra de esta naturaleza, ha sido agrupada en notas de pie de página, de manera que el lector lego puede limitarse a la prosa directa y amena del no menos documentado relato.

De las dos partes que componen el trabajo, la primera se divide a su vez en dos grandes apartados: el libro manuscrito y el libro impreso.

El primero compendia la historia, variedades y ejemplares que han llegado hasta nosotros de los embriones del libro: tablillas enceradas, pergaminos y papiros en forma de rollos y códices, en Grecia, Roma, Egipto y su uso hasta la Edad Media, y los instrumentos y materiales necesarios para su confección: estilos, cálamos, tintas, etcétera.

Un largo capítulo está dedicado a los orígenes y evolución de la escritura; alfabetos micénico, fenicio, egipcio. El desarrollo de los caracteres griegos y latinos; unciales, minúsculas, cursivas; la aparición de la escritura carolingia y su transformación en gótica y sus variantes, la llamada humanística y sus modalidades, como la itálica.

Continuando con el libro en la antigüedad grecorromana y en la Edad Media, se estudian los "palimpsestos" o *codices rescripti*, ejemplares ya escritos y vueltos a utilizar después de lavados o raspados, costumbre común en algunos monasterios debida a la escasez de pergamino, y las técnicas que se han utilizado para leer la escritura primitiva del códice. Se describe la confección y publicación del libro manuscrito en la antigüedad clásica, con testimonios de Aristófanes, Jenofonte, Cicerón, Estrabón, Marcial y Aulo Gelio entre otros. El extraordinario incremento que tuvo durante la Alta Edad Media la confección de códices en los monasterios, que pasó a ser una de las principales ocupaciones de los monjes. Y la secularización de las artes del libro, que a partir del siglo XIII dejó de ser patrimonio exclusivo de los grandes centros eclesiásticos, para desplazarse a los medios laicos, principalmente los universitarios, las cortes reales y las casas de los grandes magnates. El comercio y el precio del libro en la Edad Media, las firmas, foliación, paginación y reclamos, indicadores del orden de los cuadernos y páginas y destinados a evitar errores en la encuadernación. Y a continuación, la localización e identificación de los códices manuscritos en catálogos modernos. La parte dedicada al libro manuscrito culmina con el estudio del arte de la ilustración del mismo. Éste se practicó en Egipto y en el mundo helénico desde época muy remota, se continuó en Roma, en la época bizantina y alcanzó su apogeo en la Edad Media; de nuevo es en los monasterios donde florece el arte de la miniatura, es decir, la composición pictórica que materializa a los ojos del lector la escena de que trata el texto; con la secularización de la producción del libro, aparecen notables miniaturistas que se convierten en favoritos de las casas reales y de cuyos preciosos trabajos conservan con orgullo ejemplares las modernas bibliotecas europeas. La encuadernación de los códices que en un principio consistía en unas simples tablillas de madera sujetas con correas, evolucionó a partir del siglo IV hasta convertirse también en un arte que se caracteriza por un lujo extraordinario, como en ejemplares de estilos bizantino y gótico, decorados con metales y piedras preciosas, esmaltes, marfil, y forrados con cuero labrado, terciopelo, brocado, etcétera.

La parte dedicada al libro impreso se inicia con la invención de la imprenta que, independientemente de los antecedentes chinos y coreanos, se disputan tres países: Holanda, Francia y Alemania. Después de examinar los argumentos a favor de cada uno de esos países, Millares Carlo se inclina por el último en la persona de Juan Gutenberg y su celebérrima *Biblia* impresa alrededor de 1450. El invento rápidamente se difundió por Italia, Francia y los Países Bajos, pero es en el apartado dedicado a la imprenta en España en el siglo XV en donde el autor más se demora y exhibe notable erudición.

Los impresos en caracteres móviles desde los orígenes del arte tipográfico hasta el año de 1500 inclusive, se denominan incunables (del latín *incunabulum*, cuna), término empleado por primera vez por el librero holandés Cornelio van Beughem en el repertorio que tituló *Incunabula typographie* (Amsterdam, 1688). Éstos constituyen los tesoros más apreciados de las grandes bibliotecas. (En la Biblioteca Nacional de México se guardan 171 de ellos. Véase de Jesús Yhmoff Cabrera, *Catálogo de incunables de la Biblioteca Nacional de México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1987). Se describen los catálogos tanto internacionales como nacionales que existen de ellos, sus peculiaridades, los problemas para su localización y datación y las normas para la redacción de las fichas de los catálogos de incunables.

El siglo XVI es el de los grandes editores humanistas. En Italia está representado por Aldo Manuzio, *el Viejo*, que se rodeaba de los sabios de la época, y publicó alrededor de 130 ediciones, sobre todo de clásicos griegos y latinos, que hoy son célebres por su belleza, en los cuales empleó el elegante tipo cursivo o itálico, origen de los caracteres que hoy conocemos como "aldinos". En Francia sobresalieron los Estienne, Josse Bade, *el fecundo* Juan Petit, Simón de Colines y Geoffroy Tory, librerías, impresores, grabadores y fundidores de tipos, que en ocasiones eran nombrados *imprimeurs du roi*. En los Países Bajos nos encontramos con uno de los impresores más insignes del siglo XVI, Cristóbal Plantin, de origen francés, creador de una empresa tipográfico-editora que, establecida en Amberes, duró por espacio de más de tres siglos; entre sus obras célebres está la *Biblia Poliglota o Regia* de Arias Montano, en bellos caracteres y con grabados en cobre. En Alemania, Suiza, Inglaterra y España abundaron también tipógrafos y editores que contribuyeron al esplendor de la imprenta en este siglo. En México la imprenta fue introducida en 1539 por el impresor sevillano Juan Cromberger y su oficial cajista ("componedor de letras de molde") Juan Pablos; otros impresores de esa época son: Antonio de Espinosa, Antonio Álvarez, Pedro Ocharte, Pedro Balli y Antonio Ricardo; sobre todos ellos y sus producciones es copiosa la bibliografía consignada. La primera obra aparecida en Lima, capital del virreinato del Perú, data de 1584 y en Manila, Filipinas, de 1593.

En el siglo XVII se observa en Europa una decadencia del gusto artístico tipográfico que contrasta con la calidad y cantidad de la producción literaria; la excepción es Holanda, que independiente, próspera, sin inquisición ni poder absoluto que la ahogasen y con extraordinarias riquezas obtenidas de sus colonias, se caracteriza por una producción bibliográfica extraordinaria, representada por la familia de los Elzevier, cuyos productos destacan por su tamaño reducido y por la pureza de los tipos, grabados según los modelos de Garamond, por Cristóbal van Dyck. En ese siglo en Hispanoamérica dos ciudades se benefician con la imprenta: Puebla en México y Guatemala. A mediados del mismo se introduce en Cambridge, Mass., en Norteamérica.

El siglo XVIII, sobre todo a partir de su segunda mitad, señala un renacimiento del arte tipográfico en Europa. Su máximo exponente es el artista italiano Juan Bautista Bodoni, "los caracteres por él fundidos son de una belleza ni siquiera hoy día superada" y es justamente famoso su *Manuale tipografico* (1788). Su equivalente en Inglaterra es el impresor de Cambridge Juan Baskerville, creador de tipos que también seguimos utilizando y célebre por sus ediciones de Milton y los clásicos latinos. En Francia destacan los Didot, creadores de nuevos estilos de caracteres y técnicas de impresión. En España el arte de imprimir continuó en el mismo estado de decadencia de la centuria anterior; sólo en la segunda parte del XVIII surgen maestros que llevan la tipografía a la altura de otros países europeos: Joaquín Ibarra, que mejoró notablemente papeles y tintas; Juan Hurtado, cuyas obras fueron alabadas por Gianbattista Bodoni y Ambrosio Didot. Las principales ciudades americanas que tuvieron imprenta en el siglo XVIII son: La Habana, Oaxaca, Bogotá, Quito, Córdoba, Buenos Aires, Santiago de Chile, Guadalajara y Veracruz. La aparición de la imprenta en el Río de la Plata es un caso singular en la historia de la tipografía ya que fue una creación original de los padres de las misiones guaranílicas que, al no poder importarla, lograron fabricar la prensa en que imprimieron obras con tipos y planchas elaborados por aborígenes de las doctrinas y dirigidos por el jesuita alemán Juan Bautista Neumann.

El siglo XIX y el que corre se caracterizan por los progresos técnicos en la confección del libro. El periodo romántico produjo, tanto en Europa como en América, obras de gran mérito que mezclan la sensibilidad y la inspiración artística con el arte tipográfico. Se emprenden ediciones de obras monumentales y vastos catálogos para cuya

enumeración remitimos al libro que estamos reseñando. Se obtienen perfeccionamientos notables en la elaboración del papel y en las aleaciones para la fabricación de los tipos de imprenta. Asimismo mejoran los procedimientos de impresión. Sendos apartados están dedicados a la ilustración del libro entre los siglos XVI y principios del XX, la encuadernación, los *ex libris* o marcas de propietario y la patología del libro.

Uno de los capítulos más fascinantes de la historia de la cultura es el de la historia de las bibliotecas. La parte dedicada a ésta se inicia con las bibliotecas en la antigüedad grecolatina. La primera biblioteca "pública" de que tenemos noticia es la ateniense del tirano Pisistrato, que Jerjes trasladó a Persia después de la batalla de Salamina, y que más tarde regresó a su lugar de origen gracias a Seleuco Nicator, rey de Siria, según cuenta Aulo Gelio en sus deliciosas *Noches áticas*. Las de Platón y sus manuscritos pitagóricos, y de Aristóteles y sus vicisitudes hasta su traslado a Roma, narrados por Estrabón y Plutarco.

Gloria del mundo antiguo, la Biblioteca y Museo de Alejandría, se dice que llegó a contar con más de cuatrocientos mil volúmenes. De las diversas versiones que existen sobre su destrucción, la más segura parece que se debió a un incendio en tiempos de Julio César. "Aquello de que la biblioteca fue incendiada por el califa Omar no es más que una patraña. Al contrario, está demostrado que hay que agradecer a los árabes el haber salvado muchas obras helénicas".

Rival de la de Alejandría le sigue en importancia la de Pérgamo, de la que tenemos muy pocas noticias.

Por lo que se refiere a las bibliotecas latinas, son importantes las encontradas en Herculano y Pompeya, sepultadas por la erupción del Vesubio y cuyos rollos de papiro carbonizados han podido ser restaurados. Las bibliotecas públicas de Roma y las personales de las fincas de campo en tiempos imperiales, algunas de las que Séneca se burlaba de sus dueños que compraban libros por millares pero que ni siquiera eran capaces de leer todos sus títulos.

Los monasterios bizantinos fueron, durante toda la Edad Media, centros conservadores y difusores de la cultura grecolatina. La práctica de transcribir manuscritos se introdujo muy pronto en los monasterios, sobre todo de la orden benedictina, el más famoso tal vez es el de Montecassino. Las bibliotecas musulmanas españolas que tanto bien hicieron para la preservación de los autores clásicos, y cuyos preciosos restos pueden admirarse hoy en las bibliotecas de El Escorial, la Nacional y la de la Academia de la Historia.

El siglo XIII señala un momento de capital importancia en la historia del libro manuscrito cuando éste deja de ser patrimonio de los centros eclesiásticos y se desplaza hacia los medios laicos, especialmente los universitarios, las cortes reales y las mansiones de reyes y magnates. Abundantes datos existen sobre colecciones privadas de los siglos XIV y XV en Europa.

Entre los siglos XVI y XVIII el Renacimiento y la invención de la imprenta facilitaron la producción libresca y las bibliotecas crecieron en tal forma que, de centenares, pasaron a millares de volúmenes. De entre muchas, destaquemos la establecida en Sevilla por Fernando Colón, hijo y biógrafo del Almirante, y que hoy conserva el Cabildo de la Catedral sevillana, de la que conocemos catálogos y estudios críticos. Importantes son también las fundaciones de la Bodleiana en Oxford, la del Trinity College en Cambridge y la Mazarina en París.

Por lo que se refiere al Nuevo Mundo, la formación de librerías o bibliotecas entre los siglos XVI y XVIII debióse, casi en su totalidad, a la intervención de prelados, sacerdotes y religiosos, y los libros se leían a pesar de las prohibiciones del Santo Oficio. La más antigua biblioteca del continente americano fue la que fundó, a

mediados del siglo XVI, fray Juan de Zumárraga en la capital de Nueva España.

Se conocen datos sobre los libros que pertenecieron a algunos de los próceres de la Independencia americana, entre ellos Francisco de Miranda, Hidalgo, Nariño, San Martín y Simón Bolívar. En Estados Unidos se fundan también importantes colecciones en Nueva York, Providence, Los Ángeles y Chicago. La Biblioteca del Congreso de Washington es la más importante de América. Fundada en 1800 para ser consultada *por los miembros del Parlamento, convirtiéndose a mediados del pasado siglo en la Biblioteca Nacional de los Estados Unidos*; sus catálogos y publicaciones constituyen una gran fuente de información tanto nacional como extranjera. Son importantes también las públicas de Nueva York, Boston, Cleveland, Filadelfia, Baltimore, Chicago, etcétera.

Los efectos desastrosos producidos por las dos guerras mundiales, particularmente la segunda, sobre muchas bibliotecas son bien conocidos y están bien documentados.

Entre las bibliotecas actuales de mayor importancia están: en Francia la Nacional cuyo catálogo es también de gran utilidad; en Inglaterra la del Museo Británico; en Italia las nacionales de Roma y Florencia y algunas universitarias; en la URSS la Nacional Lenin de Leningrado que compite en riqueza con la del Congreso en Washington; la primera biblioteca española por la importancia, cantidad y diversidad de sus fondos, es la Nacional, instalada en Madrid.

Nuestro siglo ha visto la creación de importantes bibliotecas especializadas. Relevante es también la publicación de bibliografías especiales y nacionales, catálogos y guías.

La obra se enriquece con dos apéndices bibliográficos: uno sobre obras generales de la historia del libro y de la imprenta, obras especiales sobre las técnicas del libro (imprenta, tipos, papel, tintas, ilustraciones, marcas de impresores, encuadernación, *ex libris* y léxicos); y el segundo, de obras sobre técnica de la investigación. Un útil índice analítico permite la rápida localización de nombres, lugares y temas.

Arturo Gómez Camacho